

de Francia, con el Delfin, hijo de Enrique II. Las dos coronas, la corona franca y la corona escocesa, podian recaer en una sola frente, y apoyada la familia de los Estuardos en la poderosa nacion vecina, podia contrarestar y aun vencer á la familia de los Tudores. Necesitábase, pues, un apoyo formidable para esta familia en alguna potencia extranjera, y ningun apoyo tan valioso como el apoyo de la dinastía española, que dominaba en tierras estratégica y económicamente tan útiles á la Gran Bretaña como los Países Bajos y otros territorios análogos. Para mayor seguridad, en el contrato se estipulaba que no pasaria jamás de rey consorte, sujeto á la autoridad suprema de su mujer, el príncipe de Austria. Así su servidumbre seria inglesa y su casa á la inglesa montada, obligándose á no cambiar ni las leyes fundamentales del Estado, ni las líneas de defensa, ni el contingente militar y marítimo, ni los tratados existentes con Francia, ni la situacion particular del reino, de donde no podia sacar ni muebles, ni joyas, ni la propia mujer, ni los propios hijos.

Aunque María quiso recabar de las Cámaras el derecho á disponer de la corona en testamento; aunque pretendió elidir todo recuerdo y toda conmemoracion de su consanguinidad con la princesa Isabel Tudor, su hermana de padre; aunque inventó extrañas genealogías, demostrando que Felipe II descendia directamente de Juan de Gante, duque de Lancaster, por lo cual estaba en el caso de optar á la sucesion en el reino; aunque repartió con mano pródiga entre los representantes del pueblo cuarenta mil escudos enviados por Carlos V, no hubo remedio, el Parlamento reconoció todos los derechos de la soberana reinante á su corona, pero le negó el derecho de legarla, contra las leyes del reino, á quien le pluguiese.

Corrian los primeros dias del mes de junio en 1554 y la Reina esperaba impaciente á su esposo, el cual, con motivos mas ó menos fútiles y pretextos mas ó menos fundados, retrasaba cuanto podia la hora de su matrimonio. Atribuyendo la tardanza en ir al desvío de un jóven apuesto por una mujer madura, María se pasaba las horas muertas al espejo y al tocador, contemplando en aquel su rostro surcado ya por las primeras arrugas y componiendo en este con toda suerte de rejuvenecedores cosméticos su enflaquecido y ya decadente cuerpo. Unas veces pensaba que todo se habia perdido por la

repugnancia de Felipe á regir con ella un pueblo donde le aguardaban de tan mala guisa y le tenian tan poca voluntad. Otras veces pensaba que, habiendo zarpado ya de las costas nuestras, aunque no tenia indicio ni noticia del viaje, acababa su prometido de caer en manos de los franceses, muy capaces de retenerlo cautivo á bordo de sus naves para impedir un matrimonio tan peligroso á su poder político en el continente. Hallábase María Tudor en bien difícil posicion respecto á sus relaciones con la vecina Francia; como Reina de Inglaterra era su aliada y como esposa de Felipe su enemiga. Además los mismos ingleses encargados de llevar el regio novio, las tripulaciones enviadas á las playas españolas no le podian inspirar ninguna confianza por haberse resistido á su encargo. Dos escuadras tuvieron que armarse sucesivamente á este fin por haberse resistido la primera con resistencia facciosa y rebelde á cumplirlo y desempeñarlo. Tales retardos aumentaban la guerra que franceses y protestantes hacian á una con brioso empeño al regio matrimonio. Los libelos infamatorios llenos de calumnias contra los regios cónyuges menudeaban tanto y producian disgustos y pesadumbres tales á la Reina, que llegó á caer en cama de rabia y de impaciencia. Consumida su juventud en las contrariedades múltiples de la persecucion y del cautiverio; llegada por fortuito acaso á tan excelso trono; María comenzó á sentir, tras la satisfaccion de sus ambiciones y el desquite de sus venganzas, la pasion propia de la mujer, el amor, concentrándolo en la persona de su sobrino, el cual, á la sazón, solo contaba veintisiete años y se distinguia por lo apuesto de su talle, lo fino de sus maneras, lo blanco de su tez, lo rubio de su barba y lo expresivo de sus ojos, segun podemos ver en los retratos hechos durante su puerbertad que nos ha trasmitido el pincel de Ticiano.

Por fines de junio llegó á Inglaterra el marqués de las Navas, con expreso encargo de saludar á la Reina y presentarle de parte del infante Felipe toda suerte de fundadas excusas por su incomprensible detencion. Aprovechó el hábil diplomático español aquellos dias para cerciorarse de la resistencia que podrian oponer los nobles al imperio natural de Felipe sobre su esposa; y penetrado por las palabras oidas y por los actos presenciados de que aquellos leones en verdad no tenian la fuerza imaginada por las gentes, partiése resuelto á promover el inmediato viaje.



Gallardebaban el 12 de julio, en el año 1554, escuadras brillantísimas á vista de la Coruña. Las banderas españolas y británicas unidas ondeaban como si perteneciesen á una sola nacion. Habíase construido una galera magnífica, resistente á los huracanes y á las tormentas, para trasportar el regio vástago de tantas poderosas familias. Y sin embargo, disputábanse la honra de albergarlo así el almirante inglés como el almirante español don Alvaro de Bazan, ilustre amigo del egregio infante. Felipe, á fin de satisfacer á todos, rehuyó el embarque en la galera especialmente apercebida para su transporte, y se instaló en buque tripulado por vizcainos, llevándose consigo á los dos almirantes, que acababan de mostrar tan ruda competencia.

Los primeros dias de navegacion se distinguieron por una calma tan grande y un calor tan excesivo, que creian los navegantes asfixiarse todos sin poder salir de aquel mar inerte como si fuera de plomo. Hasta el tercero dia no se levantó brisa, pero al levantarse despues de tanto tiempo, fué tan fresca é impetuosa, que llegaron los navegantes con desusada rapidez al término de su importantísimo viaje. Southampton lo recibió como Coruña lo habia despedido, con grande y lujoso aparato. Tronaron á una los cañones de baterías y de fuertes, salieron los diputados de la mas alta nobleza. Un buque de tanto lujo, que parecia fingido y fantaseado, recibió al jóven jefe de tantas monarquías; circundólo con sus adulaciones todo lo mas granado de la juventud aristocrática; y el conde de Aronden puso en su pecho el collar y en su pierna la liga de la órden inmortal de la Jarretiera. Leyéronle, antes del desembarque, las leyes á que habia de prestar acatamiento, y no le permitieron desembarcar sino despues de haberlas oido. A la orilla le aguardaba un corcel con tanta magnificencia enjaezado, que, segun contaban las gentes, podian vestirse los reyes con sus mantillas y gualdrapas. Despues de haber con silenciosa majestad recibido las llaves de la poblacion, dirigióse á la Iglesia mayor, donde le aguardaba el clero católico, única clase entusiasmada, á la verdad, con su presencia. Despues de haber dado gracias á Dios, encaminóse á su alojamiento, en el cual dijo en latin largo discurso lleno de protestas favorables á la independenciam de Inglaterra. Y para testificar y corroborar con hechos las palabras, prohibió bajo pena de muerte á los marinos españoles de su tripulacion todo desembarque, aun parcial; y en vez de beber vino, bebió cerveza,

como para mostrar su decision de apurar sin tasa todas las acerbidades y todas las amarguras británicas.

Al dia siguiente mandó Felipe su primer gentil-hombre, Ruiz Gomez de Silva, seguido por un gran cortejo de nobles castellanos, á depositar los regalos de boda en el palacio de la Reina. Doscientos mil escudos costaban, y su brillo y su valor eran de tal monta, que deslumbraron á familias tan poderosas y brillantes como las principales familias de Inglaterra. Descansó algunos dias en Southampton Felipe, y se dirigió luego á Winchester, donde le aguardaba su esposa. Veíase allí todo lo mas florido y granado del reino británico aguardando á su nuevo soberano con muestras tantas de afecto que nadie las creyera posibles tras las antiguas resistencias. El dia 25 de julio del año 1554, las descargas de artillería sucediéndose con desacostumbrada frecuencia, decian á todos el fausto suceso que iba inmediatamente á celebrarse. El obispo de la diócesis, canciller tambien de la Reina, revistió sus insignias sagradas, y seguido de pomposo cortejo, salió á las puertas de la ciudad á fin de recibir y de saludar al futuro monarca. Condújolo á la catedral, donde á los pocos momentos se presentó la Reina vestida con lujo verdaderamente asiático y acompañada de multitud de jóvenes inglesas, brillantísimas todas con sus deslumbrantes pedrerías. Antes de tenderse los esposos las manos interrumpió la ceremonia el consejero imperial Figueroa para decir, que no queriendo el Emperador su amo un casamiento desigual, hacia por aquellas sus cartas rey de Nápoles y duque de Milan al infante su hijo. Leyóse despues de todo esto el apuntamiento de las capitulaciones, que pasaron á firme contrato en cuanto Felipe las reconoció y juró. Gritó entonces el obispo preguntando si habia en el concurso alguién que opusiera canónico impedimento al matrimonio, y como nadie contestase, procedióse á la ceremonia; y ya casados, proclamóseles en tres lenguas, francés, latin é inglés, reyes de Inglaterra, de Francia, de Nápoles, de Sicilia, de Jerusalem, de Irlanda, duques de Milan, de Borgoña y Brabante, príncipes de España, archiduques de Austria, condes de Augsburgo, del Tirol y de Flandes. Concluida la ceremonia salieron del palacio bajo rico palio, precedidos de dos heraldos con sendas espadas desnudas, acompañados de toda la corte, para ir al palacio episcopal, donde se celebró un espléndido banquete que duró toda la tarde, seguido de un esplén-



dido baile que duró toda la noche. De allí partiéronse al dia siguiente los recién casados á Windsor á pasar en tan magníficos parques la luna de miel, y desde Windsor se trasladaron, al mediar agosto, á Lóndres, donde fueron con gran ceremonia, pero tambien con gran frialdad, recibidos.

Ya estaba este matrimonio cumplido, y con su cumplimiento consumada la primera fase de la reaccion religiosa. La hija de aquel Enrique VIII que tras tanta incertidumbre se decidiera por declararse jefe de la Iglesia nacional británica, se habia enlazado con el primogénito de aquel que consumiera su vida luchando con el Protestantismo y con los protestantes. Colocado al frente de pueblo como el nuestro que acababa su guerra de siete siglos estableciendo la Inquisicion y expulsando á los judíos, no podia menos que representar la reaccion religiosa. El Papa, la Iglesia, los cánones, los dogmas, debia tratar de hacer valer esta representacion histórica en el Reino Unido de la Gran Bretaña, donde le habian llamado tanto la voluntad de Dios como la voluntad de su padre, ese vice-Dios en la tierra. Y la obra no era tanto de esas violencias á que se inclina por su complexion la raza española, como de tacto y diplomacia. Estaba Felipe de Austria frente á frente á un pueblo muy acostumbrado á hacer su gusto mas ó menos directamente por medio de sus Cámaras. A las guerras propias de nuestra raza, debian suceder los tratos y convenios parlamentarios desusados ya entre nosotros por culpa del feroz absolutismo. Felipe creyó que si no podia persuadir á los señores ingleses, podia fácilmente corromperlos. Su padre, tan de antiguo apurado siempre, no le regateó el gran medio de corrupcion, no le regateó ni escatimó el dinero. El oro americano sirvió mucho á la reaccion británica. Ya en los dias anteriores á su llegada, la Reina, conociendo la fe supersticiosa de su esposo, habia hecho lo posible para procurarle aparente unidad católica. Conferencias múltiples se tuvieron así en Lóndres como en Oxford entre los corifeos de ambas religiones, abortadas todas al cabo y concluidas en persecuciones y aun cadalsos. Necesitábase en tal situacion algo del escepticismo saludable de los italianos, y se posesionó de Inglaterra la exaltada fe religiosa de los españoles. La impresion solamente de un libro costó la libertad á mas de cien personas. Así debia valerse de toda su influencia para restaurar el culto católico y rehacer las relaciones con Roma desde los tiempos de Enrique VIII inter-

rumpidas. Aunque los altares se habian reedificado y los curas en su ministerio se habian á su vez reconstituido y los protestantes acosados hacian votos por su libertad solo en los recónditos senos de sus conciencias y de sus hogares, Felipe y María necesitaban el acatamiento externo de la nacion á su fe y á las relaciones visibles entre la tiara de la Iglesia y la corona de la monarquía. Unas Córtes, mejor dicho, un Parlamento se reunió en noviembre de 1554 para concluir y rematar tan grandioso proyecto. Fueron los Reyes en persona, Felipe á caballo, María en litera, circuidos de sendos acompañamientos, á cual mas deslumbrador, á la apertura de ambas Cámaras. Y el canciller anunció que señores y diputados debian proveer al restablecimiento de las relaciones con Roma y á la coronacion de don Felipe como rey. Resueltos los representantes de Inglaterra en su totalidad, casi, á impedir esto último, aunque pareciese vana ceremonia y no añadiera un quilate á los poderes y á los derechos del monarca, compensaron sus repugnancias patrióticas con sus complacencias religiosas. Y ya que no pudieran satisfacer á su reina en todo lo relativo á su esposo, la satisficieron con amplia compensacion en todo lo relativo á su conciencia. La vuelta de un cardenal nuncio y legado, importaba mucho á los dos cónyuges, tanto mas cuanto que Julio III designó el célebre Pole para desempeñar tan alto puesto. Pero habia dificultades y dificultades gravísimas, porque los lores no podian ni querian acceder á la reconciliacion sino por muy subido precio, por la sancion del reparto de los bienes eclesiásticos hecho entre los señores ingleses, consecuencia de la revolucion, la cual, mucho mas que todos los dogmas y todos los cánones, les importaba ciertamente á ellos. Pero convencidos, ó por propios informes ó por ajenos, de que la corte pontificia no regatearia la sancion á sus adquisiciones, votaron aquellas medidas conducentes á salvar su hacienda, aunque perdieran su conciencia y su honra. Una sesion le bastó á la Cámara de los comunes para tomar tan grave acuerdo, y algunas sesiones á la Cámara de los lores. Felipe y María exigieron la revocacion de la sentencia dada contra el cardenal legado en tiempo de Enrique VIII por haberse resistido á sancionar el divorcio de Catalina; y las Cámaras accedieron á ello, declarando que tal divorcio habia sido una grande infamia. Seis navíos corrieron á Francia en busca del esperado nuncio y lo llevaron á las playas de Inglaterra. El cardenal subió con todo el